

# Los sinónimos de la angustia

## Alberto Escobar

Alberto Escobar, 1970

Nosotros dos éramos el más oscuro yacimiento de palabras, agua podrida de cualquier florero, cóncava placenta de los vicios que algún día llegaron envueltos en una sábana blanca. Efluvio de líquidos y sustancias que lentamente, al pesado ritmo de un reloj abúlico, se iban destilando desde un rincón de la carne. Símbolo muerto, historia de largas conversaciones en el césped de los campos tibios, tonada de guitarra o sirena de barco, soledad de barco que colgábamos de un clavo indiferente al regresar a casa. Llanto de mercurio en los pañuelos, testimonio u hoja de no-llanto en los pañuelos, sonámbulos en las noches de plenilunio, cuando florece el acónito en el viento y en la mesa del vómito una botella espasmódica refleja la luz de las bombillas.

Alberto Escobar, 1970

En otra época nos ocupamos de flautistas y acordeonistas en orquestas mediocres, tañimos las arpas arábigas y el clavicémbalo en algunos conciertos, fuimos conductores del arco en la viola, del serrucho sobre los nervios y tendones de los muertos en los anfiteatros. Acatados como enanos eufóricos nos correspondió ser usados como catadores de metales derretidos, vinos secos, jugo prostático, pomadas sebáceas, perfumes ignorados.

Alberto Escobar, 1970

Reclamados más tarde por menesteres varios, nuestros labios padecieron otros tormentos, emigraron a un alfabeto de anémonas o algas, ortofónicas sílabas de una palabra blanda que se desguindaba pesadamente en la lengua. Eludieron una canción cuando sobre la ciudad se levanta de sus mantas un pesado monstruo en el alba y en cada hotel la boca infame del portero maldice la prolongada vigilia

de las prostitutas, el ámbito de alcohol y nicotina vieja que recorre los pasillos e inodoros.

Alberto Escobar, 1970

Nuestros labios se plegaron y dieron residencia a un estigma de sangre al que fuimos obligados cuando un nuevo Poderoso nos invitó a morder y visitar el sexo de aquellos niños frescos que dormían plácidamente en un azafate; ...como un ataúd, amargos insectos, flagelos de noches padecidas dentro de la esfera donde llora Su soledad una dulzaina, los de cada cual eran un par de muertos que hacían la siesta y se curaban de enjutos y suburbanos recuerdos de formol, mensajes de brea emitidos a breve distancia de los frutos, sicalípticas contorsiones de viejas reumáticas o adolescentes bailarines contratados para las íntimas sesiones en los apartamentos del amor.

Alberto Escobar, 1970

Pero cuando yo me estrenaba una corbata nos poníamos alegres. Oscuros recuentos de nuestros viajes en los tranvías, la suma de las maletas de viaje y sus sellos: El vagón de cada ferrocarril contenía una peculiar angustia. ...por eso tomábamos un bus a las seis, nos ocluíamos en su fantástico corazón que recorría eufóricamente la ciudad agonizante, los costados de cada parque, las calles con un crepúsculo de torres y avisos de neón y semáforos, largos muros, verjas, ventanas cerradas, postes y cables donde empezaban a dormirse varios regimientos de pájaros ... Nuestra aguja marcaba entonces un destino. A él peregrinaban, iban, se dirigían nuestros brazos, mis bluejeans,

el humo de los cigarrillos que iniciaban una ruta de sueños en sus labios. ...al término, una lámpara; a ella se llegaba desnudando el olor de agua de colonia y jabones finos del baño, hiriendo los cerrojos, padeciendo la música y el ardor, la virtual prolongación de los dedos tirados a la briba. (El libro de la Cábala y la Noche de Walpurgis! Soplaban los vientos del Este y del Oeste, El Simún y El Siroco, Los Alisios y todos los de ... La Maldición y El Tormento ... Ah, nosotros dos supimos las leyendas que se enrumbaron desde Transilvania hasta nuestros oídos y escuchamos las confidencias de marineros y vagamundos que tras el humo de sus pipas

Alberto Escobar, 1970

y sus espaldas coloradas, pisaron algún día las playas de las Balsoras, el agrio corazón de Corfú, Sefalonia y Zante, que trajeron un loto de Egipto y una begonia pálida de Kabul, una petunia y un cofre de chancros de Karachi, camisas rojas y sedantes y revólveres de New York, de las desembocaduras del Amazonas la fórmula del Cacao Sabanero, y en sus labios algún inédito vino de Burdeos y una lámina de aluminio en las lágrimas que brotaron de sus ojos cuando fueron castigados en los hornos de Detroit.)

Alberto Escobar, 1970

...sacerdotes en los ritos nocturnos del amor, navegantes de fétidos estanques o piscinas bajo cuyas aguas se inicia el reino de los minerales y adonde desciende la voz de las ranas y la última pata del Gran Saurio, oficio de chotacabras

y celadores de rosas de museo, dueños únicos de hermosos objetos de hojalata, coleccionistas de escrotos y árboles frutales, revendedores de manchados y sucios puñales de obsidiana, murciélagos disecados, frascos inservibles, bufandas de azul cobalto o estrella, usados filtros de amor, consolas de diomate o plumas de importado iridio, nosotros dos éramos cuatro muslos tibios y desnudos, los muslos solamente sobre una autopista de leche caminando. Andábamos a la birlonga por las calles, entrábamos a las tiendas y almacenes, comprábamos lápices de color y ábacos, lombrices mecánicas y vituallas, golosinas y confites anaranjados, bengalas y escopetas de aire, una flor para poner en su chaqueta de pana, biombos de bambú para la canícula próxima. Conocíamos las debidas aplicaciones de la mano a la piel, de la saliva a la garganta, la residencia de cada ganglio, el vestíbulo de todas las glándulas que inundaban nuestros cuerpos de viscosas sustancias y líquidos espesos. Pero de todas maneras las colillas se consumían en los tarros de basura, por el bulevar el polvo hacia pequeños recorridos, tímidas moscas caían o naufragaban o morían en los vasos de leche que esperaban. Y en el bar de los indiferentes, el traganíqueles enseñaba cansadas voces y trompetas, canciones para aquellos que sin darse cuenta, lloraron una noche atrás en un olvidado lecho, cuando el llanto cumplió años en su probeta y quienes se amaban volvían a sentarse en el parque.

Alberto Escobar (Colombia) 1940-2007

Fundador con Gonzalo Arango del movimiento Nadaísta